

testó el bajá con voz potente, alzándose de su asiento y disparando sobre el atrevido jefe las dos pistolas que ocultaba.

La horrible tempestad que sobrevino á consecuencia, fuera imposible de pintar. El estallido de una mina, los derrumbamientos de un terremoto serian pálida comparación. Los soldados que guardaban las entradas, los que cercaban al virey volvieron las armas contra los desprevenidos comensales, cual obedeciendo á una señal acordada, fusilándolos sin piedad, al mismo tiempo que otros desde las ventanas del techo, cual nube de muerte y esterminio, lanzaban una lluvia de fuego y plomo, á cuyo cetero impulso no quedaba hombre con vida en aquel teatro de fúnebres horrores. En balde fué que algunos de los infelices sentenciados se arrastrasen hasta el bajá invocando su clemencia; tan sordo á las súplicas como á las imprecaciones de sus víctimas, animaba á los verdugos con la voz y el ejemplo. No duró mucho la carnicería; antes de media hora cuatrocientos setenta cadáveres nadando en sangre era cuanto quedaba del arrogante cuerpo de los mame-lucos.

## II.

Muchos años tendieron el velo del olvido sobre los acontecimientos anteriores. Mehemet-Ali envejeció lleno de gloria como reformador del Egipto, del cual aseguró en su familia el dominio casi independiente, y cuya poblacion vivia contenta y feliz bajo su mando.

Por esta época cruzaba una calle del Cairo cierto armenio ropavejero, publicando en altas voces su mercancia, sofocado con el peso de las muchas prendas de varias telas de todas formas y colores que constituian su pacotilla ambulante. Entre la miscelánea heterogénea brillaba un sable construido con tanto esmero y delicadeza, que no dudo menos de atraer las miradas de un oficial de tropas irregulares, hasta el punto de parar al mercachife para examinar el objeto de su deseo y saber el precio en que podria adquirirle. Reconocido con atencion, halló la hoja damasquina de un temple superior; otros amigos del oficial, que llegaron por acaso, fueron de igual parecer, conviniendo todos en que no podia menos de haber pertenecido á una persona de categoria elevada. Por último tantas vueltas le dieron sin dejar cualidad de que no hiciesen prolijo exámen, que al cabo advirtieron unos caracteres árabes, grabados junto á la empuñadura, en que constaba haber sido fabricada para Mehemet-bajá, año 1800.

—¿Cómo, bribon, te atreves á tener en tu poder el sable de su alteza! exclamó el soldado lleno de cólera.

—Por mi conciencia, señor, respondió el atribulado mercader, os juro que no sabia lo que llevaba; nada entiendo de letras y no pude conocer la ilustre procedencia de esta respetable alhaja, que de hoy en adelante pondré sobre mi cabeza.

—Sobre tu cuello será donde yo la ponga si no me dices al momento donde la has adquirido.

—Un viejo muy apurado vino á mi tienda con él, y me le vendió por unas cuantas piastras.

—¿Y conoces tú á ese profano?

—Habita cerca de mi casa.

—Pues entonces camina ligero y vamos á buscarle.

Colocado el ropavejero en medio de la cuadrilla les dirigió á uno de los barrios mas pobres de la ciudad, hasta una casa de mezquina apariencia donde hallaron á un anciano de venerable aspecto, acompañado de dos mujeres de

mediana edad, que les recibió sin inmutarse, á pesar de haberle dicho la intencion que les guiaba.

—Es verdad, dijo, ese sable ha pertenecido al virey, pero yo tambien le poseia con justo derecho y solo á su alteza le recordaré el medio porque llegó á mis manos.

Esta pretension escitó la ilaridad del oficial y sus compañeros, que mal su grado condujeron al viejo á presencia del cadí, donde se obstinó en igual silencio sin desconcertarse por voces y amenazas.

—Yo te haré dar todos los dias cincuenta palos en las plantas de los piés, hasta reducierte á declarar en juicio, le dijo amostazado el funcionario.

—Y yo á mi vez invocaré contra vos la justicia de Dios y del bajá, á la que apelé desde un principio.

Así se verificó, pues conducido el sentenciado al lugar de la ejecucion cerca de la ciudadela, iba gritando sin cesar:

—Musulmanes, decid al bajá que su amigo Fakreddin se encuentra en el mayor peligro.

Tantas fueron sus exclamaciones que un coronel prusiano, á quien Mehemet apreciaba en alto grado, no pudo menos de pararse á escucharlas, y conmovido llegóse á saber la causa de ellas. Una vez conocida, hizo suspender la sentencia, bajo promesa de manifestar al virey lo sucedido y atenerse á su determinacion. Esta fué que se condujese el reo á su presencia inmediatamente, verificado lo cual le habló de esta manera:

—Tu malicia es grande al invocar un nombre que ya no pertenece á ningun viviente. ¿Dónde ó como averiguaste que entre Frakreddin y yo existian lazos de reconocimiento?

—Señor, ante la presencia de Dios todos los cálculos humanos son como figuras trazadas en el polvo, un ligero vientecillo las borra sin dejar recuerdo alguno, respondió el sentenciado. Yo soy Fakreddin. Quise morir con mi secreto, pero estaba escrito lo contrario.

—Si no me ofreces otras pruebas que tu palabra y alguna ligera semejanza con el sujeto cuya personalidad supones, tendré que imponerte el castigo reservado á la impos-tura.

—Es verdad; ya no soy aquel vigoroso é intrépido spahis, que se arrojaba el primero en busca del peligro; por el contrario apenas puedo caminar sin apoyo, y la miseria y el hierro enemigo me han desfigurado en términos de ser desconocido: los años arrebataron al leon sus dientes y su garra yace embotada; con todo, señor ¿reconoceis esta cicatriz que cruza mi semblante? Es muy profunda y desagradable, pero vuestra alteza no podrá menos de apreciarla en mucho.

—Empiezo á dudar, respondió el virey pensativo; mas habria algunos que pudieran presentar otra igual ¿Es tan fácil recibir una herida en el rostro?

—Y esta otra señal de bayoneta adquirida sobre la brecha de Akka, (1) peleando contra los franceses, cuando vos, bajá entonces de dos colas, llamábais á los vuestros á la pelea, sin que nadie acudiese, poseidos como estaban por el terror ¿habrá muchos que puedan ostentarla?

—Ahora sí, te reconozco, digno amigo á quien debo la vida; y recompensaré cual mereces; aunque no comprendo el motivo de tu largo silencio.

—Escuchadme, señor, y cesará vuestra duda. Recordaréis que derrotados en una salida tuvimos á gran fortuna poder

(1) San Juan de Acre.



refugiarnos á la plaza, perseguidos de cerca por los europeos. Allí abandonados de las tropas, yo con las armas inutilizadas y vos herido y exánime de fatiga, nos vimos acosados al pié de las murallas por una pareja de cazadores. —Nada puedo hacer, Fakreddin, me dijisteis, toma mi sable, y pelea por los dos. —Tuve la suerte de matar á uno de los enemigos á costa de mucho esfuerzo, dando lugar la resistencia á que fuésemos socorridos. Pasada la ocasion al devolveros el arma que me habiais entregado—Guardala, me dijisteis, como testimonio en mejor tiempo del servicio que acabas de hacerme, pero has de jurar por Dios vivo,

no revelar á nadie este suceso, que puede interpretarse de una manera indigna de mi valor, ni hacer siquiera diligencias para volverme á encontrar, pues yo cuidaré de premiar tu heroico proceder.—Juré sin dificultad, vos marchasteis á la Siria, antes de verme restablecido, y durante vuestra partida me alisté en el cuerpo de los mamelucos, uno de cuyos oficiales llegué á ser. Ninguno de los dos olvidará jamás la infausta noche en que perecieron todos aquellos desdichados. Lo supongo en vuestra alteza y lo aseguro por mí. Sepultado entre los cadáveres pasé cuatro mortales horas, hasta que viendo la horrible soledad que



Halló la hoja damasquina de un temple superior.

me cercaba, busqué salida, único entre mis compañeros que pudo hallarla. El temor de ser victima de vuestro enojo se añadió á la fé comprometida, para ocultarme ante vos. Un pobre tejedor, padre de dos hijas, me recibió en su casa: murió despues; la vejez y las enfermedades me asediaron poniendo término al corto fruto de mi trabajo. Las pobres mujeres que me albergaban tenían hambre, quise remediarlas y sacrifiqué á un ropavejero el preciado sable en quien miraba representadas la juventud, la gloria, el deber y hasta la esperanza. Lo que falta de la historia vos lo dictareis, señor.

—Añadirán á ella que Mehemct-Ali, contestó el bajá, te acogió en sus brazos, dispuso tuvieras habitacion en su mismo palacio, acompañado por tus dos huéspedes, y cuidó de ti mientras duró tu vida, pero que volvió á recobrar su sable.

El suceso se hizo público, y en las ceremonias solemnes el virey se adornaba con el arma que tuvo Fakreddin por tantos años, y que siempre conservó su nombre.

DIONISIO CHAULIÉ.



## HYERES Y SUS CERCANIAS.



## ALGUNAS HOJAS DE LA CARTERA DE UN EMIGRADO.

Nunca olvidaré el día que por el camino de Tolon descubrí la risueña ciudad de Hyeres recostada en el declive de una elevada colina, cual indolente sultana aspirando las deliciosas emanaciones de un baño perfumado. Quiero go-

zar de nuevo parte de las gratas alternativas que agitaron mi espíritu, desde que vacilante bajo la pesada carga del infortunio encontré abrigo en este ramillete de flores orientales, nacido para mi bien á orillas del Mediterráneo. ¡Ay! el recuerdo de algunas horas pasadas en su recinto es dulce y fugaz cual un alegre sueño; la memoria de otras guardo cerrada dentro del pecho como reliquia santa de amor y agradecimiento.

SEGUNDA SERIE.—1867.

AÑO XXV. 28.



La mañana era plácida y serena; la dulce brisa llevaba en sus alas el regalado aroma de los naranjos; á derecha é izquierda amenizaban la llanura verdes montañuelas dominadas por la roca sobre la que se alzan las ruinas del castillo feudal, construido en otro tiempo por los condes de Provenza para defensa de la villa, y animando el panorama las aguas del mar, que tranquilo á la sazón venia con suave murmullo á romper sus olas en la ribera, trocando en pulidas conchas las menudas arenas arrebatadas á la playa. Solamente yo, pobre desterrado, alteraba con mi desventura aquel agradable concierto de la naturaleza.

Convidado á reparar el desfallecimiento de una larga jornada bajo la fresca yerba de un bosquecillo de abetos, dejé á un lado el baston de viajero y preparando sobre la yerba el resto de mis cortas provisiones, me dispuse á tomar un ligero refrigerio, que no sabia cuando ni donde tendria ocasion de repetir. Pero estaba animado por la juventud, las fatigas de la campaña me dieron lecciones de sufrimiento y sobriedad, al paso que mirando el porvenir al través del prisma encantador de la esperanza, disfrutaba de lo presente sin cuidarme del día de mañana. ¡Cuánto he cambiado desde entonces! ¡Dichosa edad, afortunada pobreza, admirable ley de las compensaciones! Mas dejemos á un lado quejas inútiles, siguiendo adelante la narracion comenzada.

Apenas habia gustado mi frugal desayuno cuando sentí acercarse por el camino un confuso tropel; voces, gritos de terror, alaridos de espanto, y alzando los ojos miré acercarse envuelto en polvo y perdido el guia, un caballo enfurecido, arrastrando un carruaje en su desatinada carrera, destrozándole contra los guardarruédas de la via pública, con evidente peligro de un anciano y una jóven á quienes la perspectiva de morir hechos pedazos casi habia quitado el conocimiento, para otra cosa que para sentir su terrible situacion no fuese.

Ni un instante dudé: rápido como el pensamiento salí al encuentro del ciego animal, me avalancé con fuerza á una de sus rotas bridas y tirándole hácia un lado quebranté su ímpetu violento, hasta el punto de hacerle venir al suelo conmigo despues de haberme revuelto por tierra algun espacio. Nadie se admire ni aplauda tan loco proceder. Confieso que arrebatado de la impresion del momento, no me detuve á pensar la dificultad del hecho; si lo hubiera reflexionado es seguro que no lo hubiese llevado á término.

Mi primer atencion fué cuidar de las personas encerradas en la berlina volcada sobre la carretera. Abri la portezuela y traté de hacerlos salir. El viejo yacia sin sentido á consecuencia de un golpe que le hirió la frente al caer. La jóven, animada por el cariño paternal, pues era hija del anciano, conservaba suficiente presencia de ánimo para cuidar de su querido compañero.

—¡Por el buen Dios, me dijo cruzando las manos, socorred á mi padre!

Habia tanta espresion en su mirada, en aquel rostro descompuesto por la inquietud, enjuto de lágrimas y pálido como el de una Andrómaca de mármol, se pintaba de tal manera la zozobra por el autor de sus dias, que todas las fibras de mis entrañas se conmovieron al escucharla. No era hermosa, ni mucho menos, perdóneme esta declaracion su memoria tan cara para mi alma; pero su ademan, el timbre sonoro de su voz, sus labios trémulos y descoloridos demandando piedad en nombre de la Bondad Suprema, formaban un conjunto celestial imposible de olvidar una vez contemplado. ¿Me dictará estas líneas la pasion que sentí

por ella en adelante? Podrá ser muy bien, mas es lo cierto que hubiera arrostrado á ciegas los mayores peligros á trueque de consolar su dolor.

Los curiosos, que nunca faltan cuando ya no hay nada que hacer, me ayudaron al menos para sacar al anciano del carruaje; lavé con agua fresca su herida y despues de haberla vendado con el pañuelo de la jóven, le recosté en una pequeña altura y acudí á desembarazar al caballo de los atalajes en que se hallaba enredado. En esto volvia el cochero, harto mohino por el golpe que recibió al caer del pescante, aunque dispuesto á desempeñar su cargo, lo que visto por mí, torné gustoso á la inmediacion del herido. Pronto los cuidados de su hija le hicieron recobrar su acuerdo, me dió las gracias políticamente, cuando aquella me presentó como libertador de entrambos, entraron de nuevo en el carruaje y partieron al trote mientras yo recogia los relieves del interrumpido almuerzo, aun esparcidos por el suelo.

Perezoso y desalentado volví á seguir la senda que conducia á la ciudad, triste á consecuencia de la aventura, pues si bien nunca me pesó la parte que tuve en ella, no dejó de mortificarme la manera fria y ceremoniosa con que fui despedido. ¡Ni una palabra de cordial amistad, ni siquiera desearon saber el nombre de quien habia espuesto la vida por salvar la suya! El viejo es disculpable hasta cierto punto, aturdido y magullado como se hallaba, pero á la jóven no perdonaré nunca su indiferencia. ¡Esa, esa es la sola digna de censura y por consiguiente único motivo de mi enojo! ¡Ingrata! ¡proceder así conmigo que estuve á punto de romper en llanto al contemplar su dolor! ¡No, como ahora volviese á suceder!....—Calla, necio, me respondia una voz de lo íntimo de mi corazón, volverias á tener á gran dicha poder servirla de caballero.—¡Qué disparate! ¡si tal vez fuese alguna hermosura notable! pero á fé que sus gracias personales no han de trastornar á nadie la cabeza.—¡Vergüenza para el grosero mal nacido! repetia el eco de mi pensamiento. ¿Has olvidado la celestial aureola con que parecia iluminada? El despecho te hace delirar ó eres ruin y villano cual ninguno.—Y entonces ruborizado como si á presencia de todos hubiese cometido una bastardia, apresuraba el paso, sin cesar en mis conferencias á solas, hasta que traspuse las puertas de Hyeres.

En aquel punto fué preciso consagrar algun rato á la vida positiva. Únicamente guardaba muy contados sueldos en el bolsillo; con ellos debia llegar hasta Niza, donde esperaba, bajo el amparo de ciertos compatriotas, adquirir medios de subsistencia: escaso era mi tesoro y bastante larga la distancia. ¿Qué hacer en tal situacion? Lo primero presentar buena cara á la mala fortuna, despues informarse de algun hotel barato donde pasar la noche, y luego veremos si es posible adquirir algunos fondos para llegar al sitio de mi destino. ¿Pero de qué manera procurarlos? Si tuviese á mano una guitarra.... allá en España gozaba fama de saberla manejar, y puede que por aquí me diesen algun dinero por lucir esta destreza.... Pero no: mejor será dirigirme á la primer pension ó colegio que vea, donde asistire de ayudante hasta completar la cantidad necesaria. No hay cosa mejor; escusamos buscar ningun otro arbitrio.

Con efecto, al cabo de andar vagando por una y otra parte, encontré un económico albergue donde pernoctar bajo techado. Nada se hable de cama y alimento: unos excelentes haces de avena suplirian á la primera, y en cuanto



á lo demás cerca de allí había deseubierto un despacho de pan moreno, excelente para el caso.

Acomodado á maravilla dormí el sueño de los justos, interrumpido al alba por el cencerreo y desacorde bramido del ganado vacuno que sacaban al campo de madrugada. Siempre fui perezoso, y en aquella ocasion acredité tan mala costumbre no saliendo de mi escondrijo hasta que ya el sol estaba sobre el horizonte. Arreglé mi tocador lo primero, y despues tomé asiento á la puerta del hotel, meditando en lo que, á fuer de buen español, he aborrecido siempre reflexionar; es decir, en lo venidero. Llevaria alguna hora cumplida, alternando tan provechosa ocupacion con las distracciones consiguientes que me ofrecia un pueblo desconocido, cuando vi llegarse á mi un caballero envuelto en un largo surtout abrochado de arriba abajo y calado el sombrero hasta los ojos. Paróse á contemplarme con marcial desembarazo, y cuando se hubo satisfecho á su sabor, me dijo sin andarse en rodeos:

—¡Pardiez que hace rato os ando buscando y ahora mismo os vais á venir conmigo!

—En verdad, señor, respondí admirado, que siento decirlos padeceis sin duda una equivocacion.

—¡Cómo equivocacion! contestó; los informes que traigo son exactos. ¿No sois vos el valiente jóven que ayer tarde detuvo el caballo desbocado de una berlina?

—Es cierto, no debo negarlo.

—De seguro ¡voto á mil diablos! ¡estaria gracioso negar una heroicidad digna de un campeon del ejército de Italia! Yo si que vengo avergonzado á daros una satisfaccion cumplida por mi conducta indigna para con vos. Pero ¡qué quereis! ya no tengo veinte años, el golpe me aturdió: luego la consideracion del peligro de la niña que iba en mi compañía....

—Caballero, le interrumpí, agradezco y admito vuestras nobles excusas, deseando solo que el lance no haya tenido consecuencias fatales.

—Ninguna, buen amigo; mirad, añadió quitándose el sombrero y mostrándome su cabeza vendada, una rozadura y nada mas: la chica llegó en bastante mal estado y tuvo que guardar cama, pero á la sazón ella y su hermana quedan buenas y con gran deseo de conocerlos á fondo y demostraros su gratitud. Con que así adelante y marchemos.

Diciendo esto enlazó su brazo con el mio renovando sus instancias para que le acompañase, á lo que accedí gustoso, impaciente como estaba de volver á ver á la jóven de la tarde anterior.

Habíamos andado algunos pasos cuando deteniéndose el desconocido, prorrumpió dándose una palmada en la frente:

—¡Oh! sin duda me tendreis por un imbécil. Aun no os he dicho mi nombre, siendo así que hubiera debido empezar por ahí; estais condenado á ejercitar conmigo vuestra tolerancia. Perdonad, me llamo Ernesto Dumont, soy propietario y vivo retirado en la ciudad desde 1814, época en que abandoné la carrera de las armas con el grado de coronel.

—Servidor vuestro, le contesté saludando; mi nombre es Carlos Mendoza: nací en España y tambien he servido en el ejército; ignoro si en lo sucesivo alcanzaré tan buena suerte como vos; en la actualidad viajo desterrado en busca de algun recurso que me permita esperar á mejores tiempos; de consiguiente nada valgo ni posco.

—Tiene bastante el que disfruta como vos un corazon recto, ¡acompañado de modales distinguidos, para captarse

la simpatia de los hombres de bien: si á esto añadís la satisfaccion de la propia conciencia, que no puede faltáros ¡os juzgaréis exausto de la riqueza verdadera? Uno de nuestros filósofos ha dicho: Hombre, bástate á tí mismo. En otro lugar escribe tambien: Si quieress ser rico, acorta el círculo de tus necesidades, y yo á mi vez añadiré, autorizado por el triste privilegio de los años: Nunca olvidéis la senda del honor, practica las dos máximas anteriores y compadece á la mayor parte de la vulgar humanidad que, á semejanza de los incautos pájaros, se deja seducir por los quebradizos espejuelos de vidrio, abandonando las cristalinas aguas del puro manantial.

—Vuestras palabras, señor, me favorecen y consuelan en sumo grado.

—Pues conservadlas en la memoria, porque soy poco afecto á disertaciones y no volveréis á escucharme otras iguales. Sí, ¡voto á sanes! pensemos en el almuerzo que nos aguarda y ¡viva el emperador! Discurro que á pesar de ser español no tomareis á mal este desahogo de mi genio. Tengo mucho afecto á las cosas de España, patria de valientes tan constantes en la victoria como puestos en derrota; dignos contrarios de los soldados franceses. ¡Cuántas hazañas hubiéramos terminado juntos! En aquel país hice la guerra bajo las órdenes del mariscal Suchet. Pero no pensemos en eso, fué una série de lamentables errores imposible de llevar á buen fin.

En estas conversaciones llegamos á casa de Mr. Dumont, una de las mejores de la ciudad. Salió á recibirnos Sofia, ansiosa de manifestarme con mas espacio la inmensa gratitud que abrigaba su pecho. Otra vez volví á escuchar su voz angelical; pero ahora estaba sosegada, insinuante, esparciendo la calma por do quier alcanzaba su acento armonioso y lleno de misterio, cual los rumores que mueve la brisa en la floresta, unidos al triste arrullo de la tórtola. Su hermana Eloisa acudió dentro de poco. No puede imaginarse diferencia mayor entre personas tan allegadas. Era ésta de perfecta belleza, verdaderamente una figura de estudio, mas parecia respirarse á su lado en una atmósfera glacial, que helando toda clase de afecto expansivo, atajaba el curso de las ideas empobreciéndolas hasta modelarlas á un patron convenido de antemano. Parecia imposible concebir á la inmediacion de original tan hermoso ningun pensamiento grande, ninguno de los afectos sublimes fecundos en virtudes heroicas ó males de grave consecuencia. Sin embargo, al punto conocí que su padre la preferia con delirio. Estuvo conmigo todo lo afectuosa que le fué posible; en sus palabras y ademanes, propios de la buena educacion que habia recibido, nada encontré que reprochar, y con todo esto, atendiendo á ella sola, es seguro que me hubiera vuelto sin ocupar sitio en la mesa de la familia; no por desvio que manifestase hacia mi persona, la cual estoy seguro que la infundió completa indiferencia, sino rechazado por la natural repulsion que comunicaba á todas las cosas. En varias ocasiones traté de vencer esta disposicion de mi ánimo, que juzgaba manía ridicula, dirigiéndola frases galantes y lisonjeras: nunca dejó de contestarme agradecida, pero sin estrañeza, con semblante inmutable, cual un monarca recibe un homenaje debido con arreglo á la etiqueta en un día de ceremonia. Viendo esto creí conveniente no insistir, pues nunca he sido amigo de frases de real orden.

La franqueza y alegría de Mr. Dumont en nada se desmintieron durante el almuerzo, que fué largo y bien servido. Quedamos un rato de sobremesa fumando, en sendas pipas y



luego quiso mi huésped enseñarme sus habitaciones. ¡Pretesto inocente! No era el orgullo de propietario del que quiso hacer alarde ante mí el anciano militar; deseo mas elevado le condujo. Esperaba sorprenderme con su talento de artista.

En efecto: en una estensa pieza del piso superior habia colocado Ernesto su estudio de pintura. Allí sentado frente al caballete se pasaba las horas muertas, tratando de reproducir las batallas del imperio, y lo conseguia de una manera que hubiéra causado horror á los mismos cosacos del Don. Para él no existia dificultad alguna de arte. Mucho azul en el cielo, mucha sangre por todas partes, los franceses acuchillando siempre al enemigo, y colores en fin, ignorados por la naturaleza, he aquí en resumen el estilo de mi buen amigo. Hícele algunas observaciones, con el respeto que su bondad merecia, y quedé admirado de asombro, pues consideraba el arte de Apeles como una especie de consagracion que daba un carácter superior á los iniciados en sus misterios.

—¡Oh sorpresa! exclamó ¿sereis pintor por ventura?

—Soy algo aficionado y he recibido algunos principios.

—¿Queréis qué trabajemos juntos? Lo que uno ignore al otro se le ocurrirá, y ya vereis que buenas cosas hacemos. Vamos á ser la admiracion de la ciudad; pues debo advertiros que aquí el arte se halla en tan lamentable estado que á nadie encuentro capaz de comprenderme.

—El poco tiempo que resida en Hyeres estaré siempre á vuestras órdenes.

—Ese asunto ya le arreglaremos despues de la comida. Venid y daremos un paseo por las cercanias.

Volvimos tarde, y ya era bien entrada la noche cuando me levanté para dejar á mis huéspedes.

—Sentaos un momento, dijo Mr. Dumont, tengo que hablaros y no encuentro como empezar, pues á fé que nunca he sido diplomático; mas en resumen deseo que os quedeis con nosotros. Nada teneis que hacer en otra parte; aquí aguarda vuestra determinacion una familia reconocida, ansiosa de sustituir á la que habeis perdido, en tanto que se os proporciona colocacion de mayor provecho. ¿No es cierto, hijas mias, que pensais lo mismo que yo?

—¡Ah, sí, no hay duda! exclamó Sofia sin vacilar, quedaos, señor; mi padre necesita un compañero leal y en vos le hallará de seguro; os hablaremos de vuestra madre, de vuestras hermanas, tanto que al cabo de poco podreis escribir las: Acá en la tierra de Francia nunca la flor del cariño perezca de mal de ausencia, pues no falta quien aplicando el recuerdo conveniente refresca el árbol del corazon para conservar su lozania.

Eloisa alzando los ojos de un libro en que al parecer estudiaba atentamente, me dijo con la mayor amabilidad:

—Caballero, despues del gran beneficio que os debemos, no podreis dudar que esta casa y los que habitan en ella estarán siempre á vuestra disposicion.

Tantas instancias me hicieron que resistir hubiera sido nimia impertinencia. Desde el dia siguiente emprendimos Mr. Ernesto y yo nuestros estudios de pintura con un afán digno de mejor suerte. Quise probar fortuna, aunque á despecho del generoso anciano, poniendo á la venta algunos cuadros, fruto de mi habilidad, y el éxito sobrepusó las esperanzas, cosa de que me di la enhorabuena en obsequio del amor propio, nada satisfecho con vivir á costa ajena, por mas que el don fuese ofrecido con sinceridad y sin gravámen.

Pasaron seis ú ocho meses, al cabo de los cuales se ha-

bia establecido entre Sofia y el emigrado sin asilo, una correspondencia mútua, reservada y profunda. Yo no sé como sucedió, solo acertaré á decir que la ofrecí un amor eterno que recogió ella sin pensar en las consecuencias. Cercana estaba la ocasion de manifestarse conjuradas en daño de nuestra recíproca constancia.

Cierta noche á la hora que me retiraba de un café donde solia concurrir algun rato, noté grande algazara en una mesa junto á la cual tenia que pasar á mi salida. Estaba ocupada por una cuadrilla de jóvenes atolondrados, conocidos míos la mayor parte: quise deslizarme sin ser visto para evitar entretenimientos, pero al atravesar junto á ellos empezó á gritar uno de los mas exaltados:

—He aquí al señor Mendoza, que nos resolverá la dificultad.

Tuve que detenerme y pregunté algo contrariado:

—Sepamos que se ofrece, pronto y ahorrando palabras, pues no tengo el tiempo de más.

—Será cosa del momento. Atended. Estamos presentes unos cuantos apasionados de Mlle. Eloisa, excelente querida para un día; todos en mayor ó menor escala, hemos sido favorecidos de dicha beldad: ahora bien, y palabra de honor, don Mendoza, como se dice en vuestro pais, ¿cuál de nosotros merece con justicia la preferencia?

—Lo que merece el hombre que se espresa en los términos que vos, es el desprecio de las personas decentes si está cuerdo, y la prision correccional en la policia si acaso está borracho.

—¿Qué queréis decir? replicó otro en ademan agresivo.

—Que sois un miserable, vos y toda la ruin canalla que abone las infames calumnias que aquí se han pronunciado, repliqué ya fuera de tino, pero no tanto que dejase de advertir la mano de mi adversario dirigirse á coger una botella con ánimo de arrojármela al rostro y me anticipase á la ofensa sacudiéndole una bofetada.

La pendencia hubiera tomado en mí contra graves proporciones á no haber mediado en favor mio gran número de concurrentes, espectadores de la injusta provocacion. Fué preciso convenir en un desafío para la mañana siguiente y muchos se me ofrecieron como padrinos.

—Gracias, señores, les dije; el sitio, y la hora quedan convenidos, las armas me son indiferentes, los testigos irán acompañándome.

Jamás tuve aires de perdonavida, y en todas ocasiones cuidé la propia conservacion, cuando pude hacerlo sin faltar al deber; mas tambien debo asegurar que amaestrado en los sangrientos horrores de una guerra sin cuartel, un duelo singular me impresionaba bien poco. Por esta razon volví á casa tranquilo, decidido á no dar cuenta del suceso hasta que hubiese tenido remate. Aun no habia llegado Mr. Ernesto y yo me puse á escribir en tanto que regresaba. Quería despedirme de toda la familia, segun tenia de costumbre hacerlo antes de recogerme. Distruido con mi tarea, de bastante importancia en aquella ocasion, no senti los pasos de mi anciano amigo hasta que atravesó la puerta del cuarto. Estaba pálido y tembloroso; era indudable que todo lo sabia.

—Carlos, me dijo estrechando mi mano entre las suyas; quiero ponerme en tu lugar; á ningun otro pertenece tomar satisfaccion del agravio inferido á mi hija.

—¿Estais loco, señor? ¿Queréis hacerme la fábula del pueblo? A mí fué dirigida la provocacion, el reto ha sido aceptado por mí, y vos tan competente en materias de pundo-  
nor me aconsejais que mediando esto, envíe á un anciano á que me sustituya?



—Este anciano fué decorado en Montmirail con la cruz de la legión de honor al frente del ejército y aun siente hervir su sangre al olor de la pólvora.

—Lo sé, señor coronel, y por tanto, supongo no insistireis en que se infame voluntariamente, otro militar que aprecia su reputación tanto como vos apreciáis la vuestra.

—Es verdad, respondió después de un momento de indecisión; veo que nos comprendemos, corazón bizarro y generoso: al menos te serviré de testigo. No temas que desmaye en el lance crítico, pues á prueba tengo el pecho de profundas emociones. ¡Ay, de mí! sollozó con los ojos arrasados de lágrimas, solo he tenido un hijo, y me tocó recoger su cadáver medio enterrado en la nieve á orillas del Beresina!

A la mañana siguiente hallé levantado á Mr. Dumont cuando yo salí de mi alcoba. Sin duda el viejo no había descansado en toda la noche. Traía su caja de pistolas debajo del brazo, pues aquella era el arma que supo se había elegido para terminar la bárbara contienda, y fuera de allí nos esperaba un antiguo camarada suyo, á quien avisó con anticipación.

—No despertemos á las niñas, habló en voz baja, harto tiempo les quedará de sentir, si acaso el éxito es fatal.

Llegados al sitio de la cita no tardaron en aparecer nuestros adversarios, algo apagados los bríos de la noche anterior.

A golpe de vista conocí que mi enemigo estaba muy lejos de ser un tirador de primera fuerza, digámoslo así; pusimos uno en frente de otro, los padrinos dieron la señal y disparamos á un tiempo.

La bala de mi contrario fué á perderse no sé dónde, la mía le hirió en un costado, aunque de poca gravedad.

—Señores, dije á los otros, que también eran de la partida del café, para no atravesar el corazón al mas atrevido, he variado la puntería, si hay quien no se halle satisfecho podemos volver á comenzar.

Todos se dieron por cumplidos y hasta Mr. Dumont y su amigo me tacharon de puntilloso con exceso.

Nuestra vuelta á casa del coronel fué un verdadero triunfo doméstico. Enteradas sus hijas de lo acontecido competían con su padre en tributarle desmedidos elogios, hasta el punto de causarme vergüenza tantas demostraciones que no juzgaba merecer: aunque dije mal, Sofía gozaba en silencio la dicha de verme salvo y objeto de las alabanzas unánimes: para Eloisa era su vengador y acariciaba en mí su propio orgullo.

Después de pasados algunos días, Mr. Ernesto deseó tener una conferencia conmigo, para tratar un asunto importante. Escitó mi curiosidad la causa que pudiera moverle á tan formal aparato, y me puse á su disposición aquella misma tarde, bien ageno de pensar el objeto que se proponía.

—Quiero premiar tu bizarra y noble conducta, comenzó diciendo el coronel, ofreciéndote la mano de mi joven Eloisa, que tan bien has sabido defender.

Un movimiento de asombro, que no fui dueño de reprimir, interrumpió á mi huésped.

—Que ¿te sorprende? siguió diciendo, no es para menos el caso; verse dueño, sin antecedente alguno, de joya de tanto precio por sí misma, con más un excelente dote, es capaz de confundir á cualquiera, y luego, yo que aborrezco los episodios.... pero reflexiona un poco y verás que no eres indigno de merecer su posesión.

—Perdon, señor, semejante oferta me favorece en extremo, sin embargo....

—¡Acaba!

—Nunca vuestra hija querida sería feliz á mi lado.

—¿Y qué razón lo impedirá?

—No me preguntéis nada.

—Al contrario, deseo averiguar este arcano. ¿Quizá vienes encenagado en alguna pasión indigna? ¿Has mentido al declarar que no dejabas en tu país lazos sagrados é indisolubles? ¿O por ventura juzgas inferior á tu calidad el casamiento que se te ofrece?

—Vuestras ofensivas suposiciones me obligan á revelaros un secreto, que hasta no sé cuando hubiera encerrado dentro del pecho. Sabed, señor, que sin exagerar nada, amo á Sofía desde la primer hora que llegué á verla; que la he jurado constancia eterna, y que por ella, por mí y aun por vos, nunca faltaré á lo prometido?

—La mayor falta es incitar á una joven á rebelarse contra la voluntad paterna. ¡Estás en ti, estás loco! Pero no, yo he sido el escaso de juicio admitiendo ciego en el hogar doméstico á quien tan mal ha correspondido á la confianza que le dispensaba. Esto no puede quedar así: mañana determinaré lo mas conveniente.

Salió furioso viendo sus planes desbaratados cuando menos lo pensaba, se encerró en su cuarto y no quiso acudir á la mesa. Al punto que supe se había recogido, busqué á Sofía y la referí todo lo acontecido, noticiándola la necesidad en que me hallaba de abandonar la casa antes de amanecer, retirándome á Tolón á esperar calmase el mal humor de su padre, lo cual no se conseguiría fácilmente teniéndome á la vista. En efecto, era lo natural que su furia escitada solo por el deseo contrariado, cediese con el tiempo, y entonces sería oportuno emplear la sumisión y el halago para sacar ventaja del secreto revelado sin voluntad ni deseo. Aprobó Sofía mi determinación y dejando una carta para Mr. Ernesto en que disculpaba mi partida con el temor de importunarle si no lo hiciese, tomé antes de amanecer el camino de la ciudad próxima, donde no tuve mucho que aguardar el desenlace de aquel drama.

En contestación á la mía recibí una epístola de Mr. Dumont, concebida, poco mas ó menos, en los términos siguientes:

«No es propio de buen general emprender la retirada á la primer acometida del enemigo. Vuelve, que Sofía te aguarda impaciente, y no puedo acallar sus justas reconvenções. ¿O querrás tal vez obligarme, como en otra ocasión sucedió, á brujulear el sitio donde te ocultas, para sacarte de él en persona? Supongo evitarás esta fatiga á tu padre, ya muy viejo para hacer el servicio de explorador.—E. DUMONT.»

En alas de mi deseo volví radiante de gozo á Hyeres, donde á poco fui dueño de Sofía, con gran contento de Mr. Ernesto y completa indiferencia de Eloisa, que nunca supo el reproche que me debió.

El coronel jamás pudo comprender como yo elegí la mas fea desechando á la mas hermosa, aun e en ocasiones se le oyese decir, en vista de algunas escentricidades de su hija favorita:

—¡Por vida del rey de Roma, que voy creyendo que ese caporal ha sabido lo que se hacia! también la pobre emperatriz Josefina era poco agraciada en comparación de la archiduquesa María Luisa; pero la una hizo la felicidad de su esposo, y la otra... á él solo corresponde decir las amarguras que le proporcionó en su destierro.

Mr. Dumont murió al poco tiempo en brazos de la religión y hablando del emperador. Sofía sembró de flores



durante muchos años el áspero camino que me tocó recorrer en el mundo, hasta que al dar á luz el último de mis tres hijos fué llevada entre los ángeles, donde su ruego alcanzó del Eterno me diese conformidad para sobrellevar su pérdida.

Soy hablador como viejo, y escaso de suficiente auditorio he querido publicar estos pormenores de mi vida, esperando hallarán impresos mayor atención que referidos encontrarían. Podré muy bien engañarme, y entonces resignado con mi mala suerte solo me restará decir como la cotorra del César: *he perdido el tiempo y el trabajo*.

Así concluyen las memorias del emigrado, que sometemos al juicio público, único tribunal competente para realizar su deseo ó desvanecer las sospechas con que terminan.

DIONISIO CHAULIÉ.

## LOS CAFÉS Y LAS FLORES.

Me gustan mucho los pavos trufados, las truchas esca-bechadas, los lechoncitos asados, la sopa de puré, los capones en pepitoria, los huevos hilados, las cremas y las pastas: me gustan mucho las voluptuosas bebidas; pero prefiero á todas ellas y á todos los manjares una taza de escelente café.

El buen uso de esta bebida da fuerza y vigor á nuestro espíritu y á todas sus facultades; destierra la lentitud y la soñolencia; facilita y hace menos pesada la digestion. ¿No disipan en parte la tristeza en las grandes aficciones un rico habano y una taza de café? ¿No son ambas cosas un buen específico y un farmaco saludable para un pobre preso? ¿No sería grave culpa quitar á un anciano el café que le espera despues de haber dormido su siesta? He aquí por qué en uno y otro hemisferio se han multiplicado sobremana los establecimientos en que tan delicada y deliciosa bebida se despacha; y á todos ellos indistintamente se les da el nombre de CAFÉS, para que nadie ignore que los sorbetes, el ginebra, la cerveza, el absent, el Málaga, el moscatel y todos los licores en general valen mucho menos que el café. Pero la civilizacion moderna exige hoy que haya en todo elegancia, aseo y esmero, por lo que los cafés mas concurridos son los que hacen alarde de mas pompa y lujo. Damas y caballeros, despues de haber dado un largo paseo descansan en un café y restauran sus miembros fatigados con una copa de suave licor. A última hora, acabada la ópera y la zarzuela, se va al café para tomar una taza de chocolate con bizcochos ó una copa de confortante madera. En un café, cuatro ó mas amigos reunidos, pasan el rato charlando ó palmotean á una seductora sirena que canta, ó presencian en un teatrillo, lastimosamente improvisado, una mamarrachada, que hace tal vez desternillar de risa por su mucha estravagancia.

Pero ¡bendita sea Moka, en donde nace y crece el mejor café del orbe! ¡benditas sean todas las demás ciudades de la Arabia Feliz, cuya tierra produce el incienso, la mirra, el aloe y todas las plantas, que despiden voluptuosos y suaves olores! En esa region del Asia vive mil años y envejece el fabuloso fenix para renacer mas jóven y lozano de sus mismas cenizas; en esa region descansó el carro de Venus tirado por dos blancas palomas, cuando esa diosa salió del mar, acompañada de las Gracias, de una gran

multitud de dioses marinos, y de una numerosa falange de alados y juguetones Amorcillos; en esa region la misma Venus vió y amó al pastorcillo Adonis. ¡Ah, la Arabia Feliz fué en tiempos muy remotos cuna de las fábulas mas hermosas y fantásticas de la griega mitologia, y hoy habitada por musulmanes, es tal vez la imágen mas perfecta del paraíso inventado por Mahoma con peregrina impostura! Pero vosotras doncellitas, que aspirais á dividir el tálamo con un esposo solo, que pueda contentar vuestros delicados afectos, y que desea verse reproducido con ternura y entrañable cariño en otros seres muy amados, aunque odiais los harems turcos, y los serrallos orientales poblados de esclavas, os veis ciertamente obligadas todas á contemplar con voluptuosidad y asombro el Oriente, no solo porque parece haber sido creada esta parte del mundo por el Todopoderoso en momentos de alegría y risa, sino tambien porque sus vastas campiñas, en que nacen y crecen las plantas, que despiden esquisitos olores, están siempre alfombradas y revestidas de todas las flores, que hermo-sean en gran manera nuestros vergeles, como las rosas, los lirios, los jazmines. ¿No se extraen de plantas orientales los aromas y las esencias mas costosas y apreciadas, que adornan vuestros tocadores? Cuando la Aurora con su manto de púrpura se asoma por los balcones del Oriente y señala al astro alumbador del día el camino que está destinado á recorrer, las florecillas abren su cáliz, bañado de rocío, y las abejas voladoras y ligeras liban la miel, que celosamente encierran en su seno. Pero queda siempre el gérmen de aquella suavidad y dulzura, que da realce á vuestras gracias y á vuestros encantos, cuando os adornais la cabeza con coronas entretejidas de flores, ó cuando un ramillete de rosas, claveles y jazmines adorna vuestro pecho, dando mas brillo á vuestra hermosura y á vuestro elegante atavio. Entonces revolotean en vuestro derredor Amorcillos á miles, capitaneados por Cupido.

Las flores nacen con el hombre y le acompañan hasta el sepulcro. La dorada cuna en que yace un niño recién nacido está adornada de flores artificiales, que imitan á las que la naturaleza produce. En los festines y en los bailes mas concurridos se presentan las damas coronadas de flores, y otras flores fúnebres tristemente engalanan la fria losa de los que nos fueron muy queridos en este valle de miserias.

¿No figuran las flores con mucha gala en los mas elegantes y patéticos versos de los vates de Grecia y Roma, y en las doctas páginas de los mitólogos antiguos? ¿No celebra Anacreonte, coronado de rosas purpurinas, en sus odas escritas con pluma de oro, á las Gracias y á los Amores? El jóven Jacinto se ve trasformado en blanco lirio; y los dioses del Olimpo, compadecidos de la suerte infeliz de Narciso, que se consume enamorado de si mismo, le trasforman en la triste flor, que lleva aun su mismo nombre.

No hay encantos tan voluptuosos ni tan bellos como los que nos despliega á la vista la amenidad del campo al rayar el alba en un día de primavera, y aun mas nos embriaga el corazon de placer si descubrimos á lo lejos las olas de un mar plácido y sereno. Sus aguas se convierten en un rio de oro al aparecer del sol; las aves entonan con sus arpadas lenguas cantos armoniosos y suaves; el balido de las ovejas y el mugido de los toros dan animacion y vida á la soledad del campo, y todo nos recuerda el antiguo Eden y los primeros días de la creacion.

Nosotros, pues, poniendo fin á nuestro artículo con esta breve descripcion, no vacilamos en afirmar que la vida